

25 MAR 1935

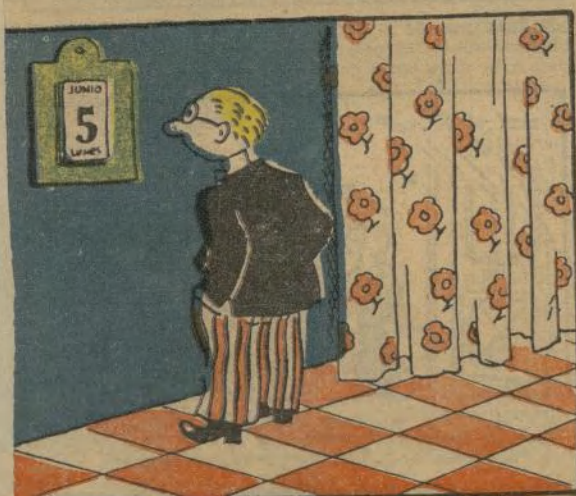


AÑO VI.—NUM. 304

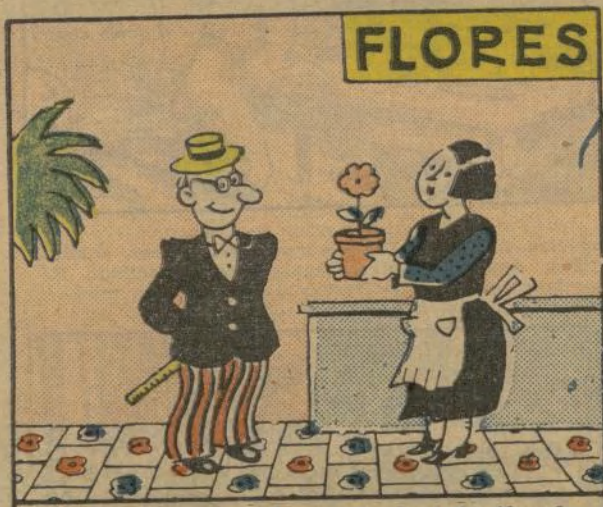
REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI. 4.—APARTADO 466

7 de marzo de 1935

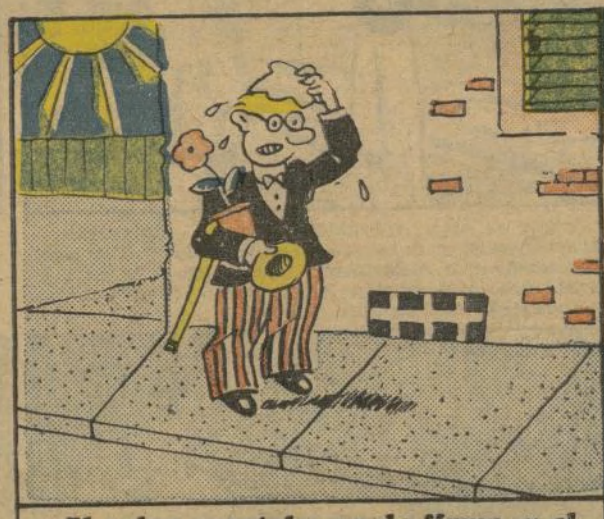
LA FUNESTA CONFUSIÓN POR CULPA DE UN AVIÓN



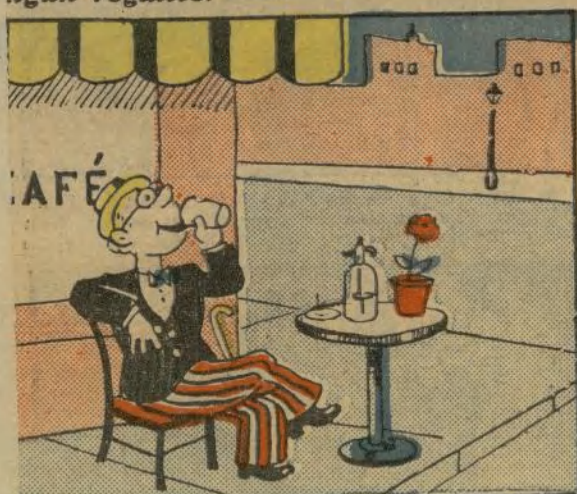
El señor K. Chibache advirtió que era el día del cumpleaños de su cara esposa y decidió salir a comprarle algún regalito.



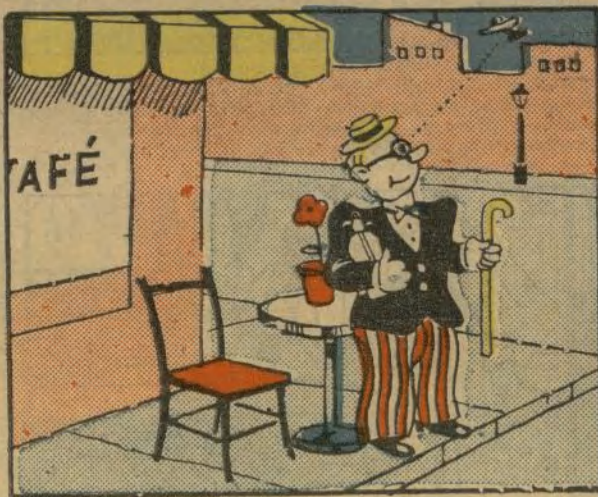
Creyó que nada sería tan indicado como un bonito tiesto de flores, y adquirió uno, que le llenó la medida de su gusto.



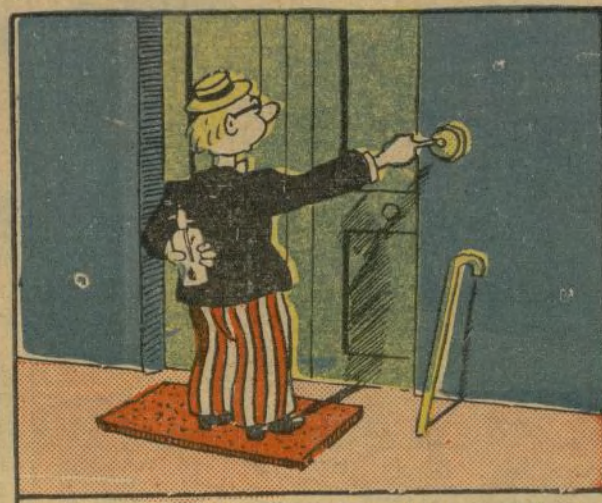
El calor apretaba ya de firme, y el señor K. Chibache comenzó a sudar la gota gorda al atravesar las calles de la ciudad.



Un café le brindaba amable descanso y la dulce tentación de una fresca limonada con sifón. ¿Quién podría resistirse?



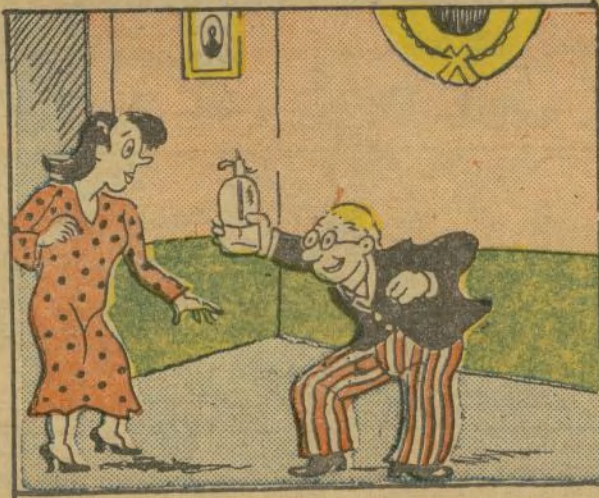
En el momento en que quiso levantarse y reanudar su marcha, un avión que surcaba el cielo azul le distrajo...



Y cogiendo, sin apercibirse, el sifón en vez del tiesto de flores, se dirigió, ufano, hacia su casa.



La doncella salió a recibirle, y el señor K. Chibache se apresuró a esconder el regalo que traía, para que no fuera visto.



Se resentó, por fin, ante su señora, y pensando en la grata sorpresa que iba a darle, sacó el regalo que traía escondido...



La señora de K. Chibache no estaba para bromas, y, cogiendo el sifón, lo descargó entero sobre su marido.

Resumen de lo publicado.— Antonio, un muchacho huérfano a quien maltrata de continuo su tutor, el trapecista Bepo, ha entablado amistad con Mercedes, la hija del propietario del circo.

COMPANEROS DE CIRCO



Era ya mediada la tarde cuando Antonio llegaba al campamento del circo con su regalo debajo del brazo, pensando en la sorpresa que iba a dar a su amiguita. Cuando llegaba cerca del carro de Mercedes, ésta abría la puerta para salir.



"Buenas tardes, Antonio", le dijo ella. "¿Quieres entrar?" Antonio entró en el lujoso carro, después de quitarse la gorra, y volviéndose hacia su amiguita, le entregó su presente. "Te deseo muchas felicidades en el día de tu cumpleaños", le dijo.



"¿Qué es esto, Antonio?", preguntó ella recibiendo el regalo y antes de desenvolverlo. "¿Por qué has tenido que molestarme?" Luego abrió la caja y lanzó una exclamación de contento cuando hubo contemplado el magnífico bolso.



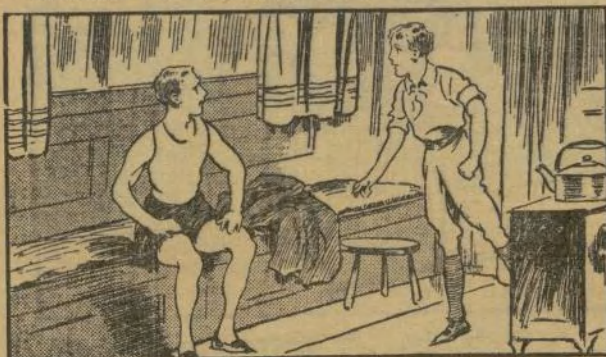
"Es verdaderamente precioso", afirmó Mercedes. "¡Muchas gracias, Antonio!". Y acercándose a la mesa, añadió: "Mira; aquí tengo otros regalos que he recibido. Estos bombones son de Rosa y de Elena; esta muñeca, de Lola; y esta palanquilla, de mamá".



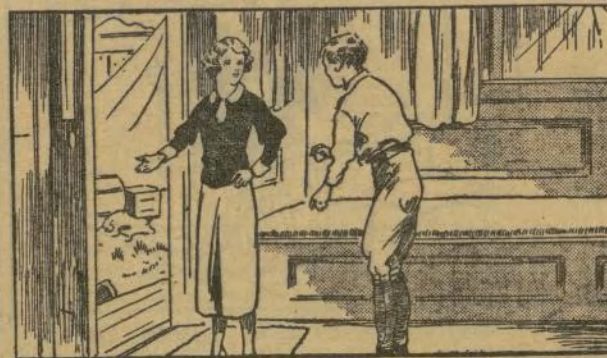
"No creas que es de metal dorado", aclaró poniéndose el reloj en la muñeca. "Es oro de ley". "Muy bonito, ciertamente", aseguró Antonio. "Ahora, con tu permiso, me retiraré". "De ninguna manera", contestó Mercedes. "Tienes que quedarte a merendar". Antonio tuvo que complacerla.



Habían acabado de merendar cuando entró el señor Smith. Antonio temió que al dueño del circo le desagradase su presencia allí; pero el señor Smith sonrió y Mercedes le preguntó si permitiría que el muchacho la acompañase a ver la función del circo aquella noche. "Desde luego!" respondió al por fin.



Poco rato después Antonio se retiró, lleno de contento. Y se dirigió hacia su carro, preguntándose de qué humor hallaría a Bepo. Su tutor, por fortuna, no había llegado aún; pero no tardó en presentarse, y el muchacho hubo de pedirle el permiso necesario.

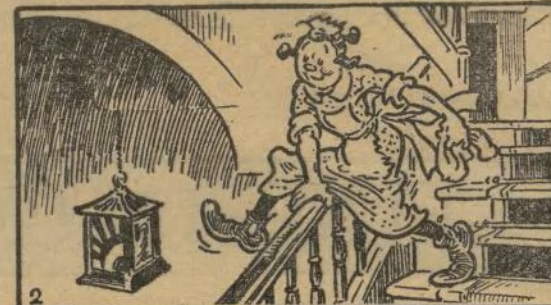


"¿Puedo ir esta noche a ver la función del circo?", En aquel preciso momento entró Mercedes. "¿Estás ya preparado, Antonio?", preguntó al muchacho, sin prestar atención a Bepo, que la miraba torvamente. (Continuará.)

LA VISITA DEL SEÑOR MARQUÉS



Doña Gúdula acababa de recibir a aquella paila que le habían enviado del pueblo para criada, y que no se llamaba nada más que Rosenda. Doña



Gúdula mandó a Rosenda que limpiara el pasamanos de la escalera, y la muchacha subió al piso más alto para comenzar su tarea, mientras la



señora ponía en la repisa inferior una soberbia maceta. Cuando Rosenda se vio en lo alto y vio aquel pasamanos tan liso y tan reluciente, sintió

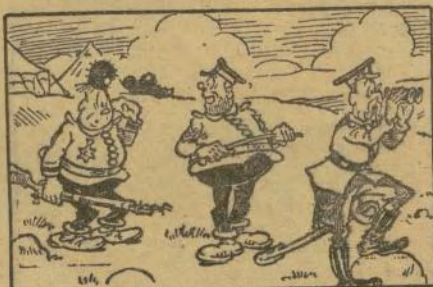


la tentación de deslizarse por él como por un tobogán. y, naturalmente, consintió y se lanzó en desenfundada carrera. Pero al llegar al final, no



era tan fácil frenar, y con todo el ímpetu adquirido le arreó un "chut" a la maceta, lanzándola a los aires para que fuera a caer sobre la cabeza del pobre don Floripondio, que llegaba de visita.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA



Mientras el general Bum-Bum examinaba con los anteojos el campo de una supuesta batalla, el sargento Caradura ordenaba, con mucha guasa, al asistente



Machacante que trajera unas copas de cierto licor de maravillosas virtudes bélicas. Pero a Machacante le sentaban malísimamente las cosquillas, y, soltando el

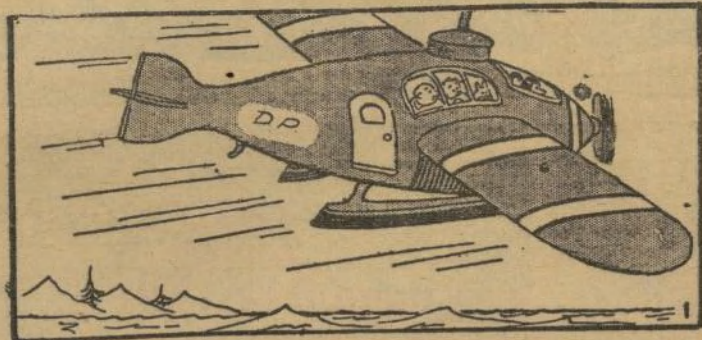


fusil, echó a correr en busca del licor. El fusil se disparó y atacó por retaguardia al sargento; éste chutó por rebote al general, y mientras se puso a perseguirle

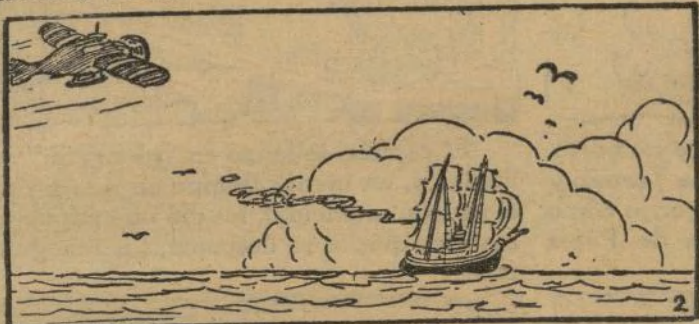


indignado a quien así le faltaba al respeto, regresaba Machacante con su maravilloso licor, y al no hallar a sus destinatarios, se lo tiró al colete.

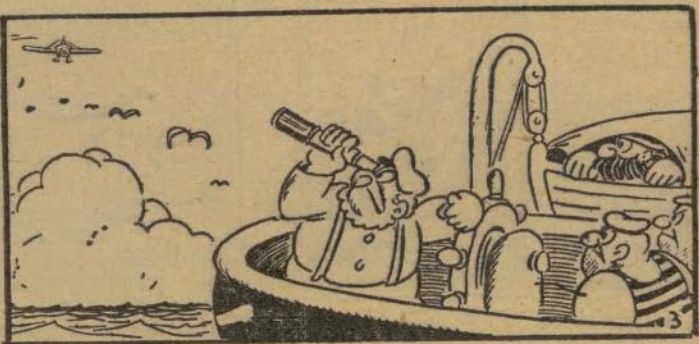
CON SIMPLON Y DINAMITA



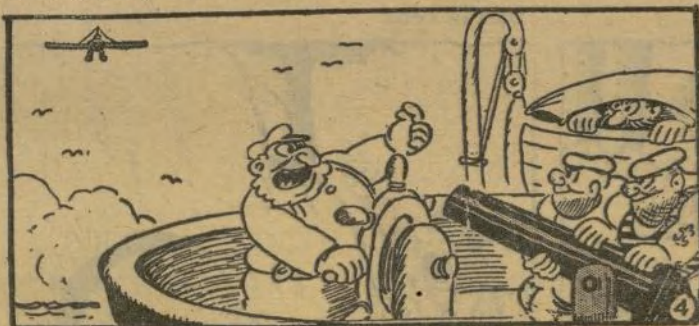
El avión de los heroicos policías corría de tal manera que se pisaba su sombra; y desde la altura dominaba toda la inmensa extensión del mar.



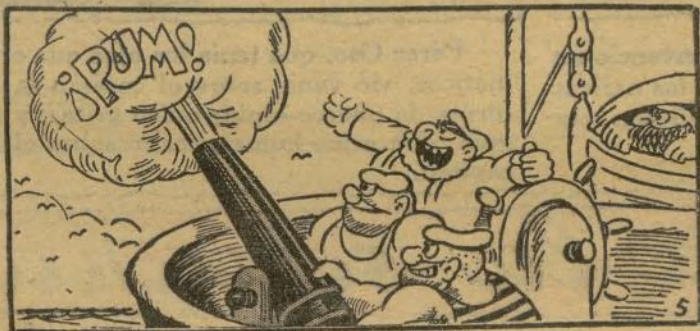
Pronto divisaron al barco pirata, que navegaba a toda vela, y en pocos segundos lo tuvieron al alcance del fuego de su ametralladora.



"Mellado", capitán del barco pirata, vislumbró bien pronto la aeronave y lanzó una exclamación de ira completamente pirata: "¡Maldita sea vuestra estampa!"



Después de esta exclamación, que siempre lanzan los capitanes piratas, el "Mellado" mandó a sus dos más horribles marineros que sacaran el cañón a cubierta.



Los marineros, que eran casi tan feos como su capitán, apuntaron el cañón, que como todos los cañones bien educados hizo pum!, y lanzó un zambombazo "a modo".



La bala pasó afeitando al hidroplano, y los heroicos policías lanzaron un grito de pelea: "¡Ah! ¿Conque queréis jarana? Pues la tendremos, ¡vive el cielo!" (Continuará)

BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

CAPITULO XXXI

El falso amigo

Dejamos a Gerardo oculto en casa del sastre cuando éste pudo sacarlo sano y salvo de la bodega en que se había refugiado huyendo de la patrulla que le perseguía. Pero apenas había despedido con la hija del sastre el recado para su tía al huerto del tío Hilario, cuando en la puerta de la vivienda del sastre resonaron dos golpecitos. Como tardaran en abrir, los golpes se repitieron más fuertes, y una voz aplicada a la cerradura dijo: "Abrid, amigos; nada temáis". No hubo, pues, más remedio que abrir, y apenas cedió la puerta, apareció en el resquicio la faz de Alfredo.



El sitio donde Gerardo se había refugiado era la casa de cierto cerrajero, amigo de Alfredo, por quien nuestro joven le había conocido. Se decidió a refugiarse allí porque así pensaba despistar más a sus perseguidores, y desde allí pensaba enviar nuevas noticias suyas a su anciana tía. Entró, pues, y halló al cerrajero trabajando. Le pidió albergue por lo que restaba de noche, y el otro, no sólo se lo concedió, sino que le invitó a pasar a la trastienda, y a echar en su compañía unos cuantos tragos esperando a Alfredo. Gerardo advirtió que el cerrajero se dedicaba a la fabricación de esposas, cadenas y grillos. Tomando pie de esto, y de pregunta en pregunta, fué enterándose de que aquellas terribles provisiones las

fabricaba por encargo del mismo Alfredo y para utilidad del mismo, pues era un feroz esbirro dedicado a la caza de antirrevolucionarios y aristócratas. Y supo más. Supo que precisamente por aquellos días estaba muy ocupado el tal Alfredo en el descubrimiento de cierta conspiración, en la que entraban, según se decía, los hijos del marqués de Bessières, la marquesa de Lacy y un sobrino suyo, que se hacía pasar por revolucionario; personajes todos que interesaban sobremedida a cierto ex aristócrata, en la actualidad inspector de las cárceles de París, ciudadano Bohin. Muchos de los datos referentes a dichos personajes los había averiguado por cierto muchacho que acababa de llegar a París en compañía de uno



de los hijos del marqués de Bessières, y que había caído en poder de ciertos esbirros en una reciente fiesta pública.

A Gerardo se le abrieron repentinamente los ojos sobre el verdadero carácter e intenciones de aquel Alfredo a quien había creído un buen amigo. Así fué, que no creyéndose ya seguro allí, después de sonsacar hábilmente al cerrajero el sitio donde tenían encerrado a Emilio, se dispuso a marcharse, cuando la puerta se abrió y en ella apareció Alfredo. Había que fingir, y Gerardo consiguió hacerlo perfectamente. Dió las gracias a su falso amigo por el aviso que le había dado en la casa del sastre, y le preguntó si sabía por qué se le perseguía. El astuto disimuló también, y le respondió que lo ignoraba.

Gerardo quiso marcharse, pero advirtió que Alfredo había cerrado con llave, guardándose ésta en el bolsillo. Se resignó, pues, a quedarse, y comenzaron a beber, en la esperanza de que la embriaguez inutilizase al fin a aquel par de jayanes. Sus esperanzas iban desvaneciéndose cuando se oyó en el taller ruido como de alguien que entrase a oscuras derribando las anaqueladas. Alfredo, entre maldiciones, se levantó a abrir, y cuando lo hubo hecho, Gerardo se lanzó sobre él, lo derribó por sorpresa, le apagó la luz, y saltando ágilmente, se escabulló y salió a la calle, después de coger de la tienda un par de grillos.

—¡Maldición!—rugía entretanto Alfredo—. ¡Torpes de nosotros! ¡Yo que lo tenía todo tan bien preparado!

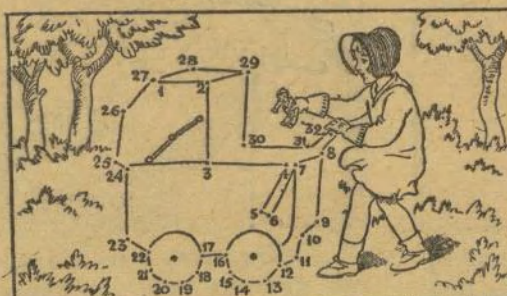
(Continuará.)

PASATIEMPOS



Combinando las letras iniciales de las cosas dibujadas formad el apellido de un célebre torero español.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Aquí tenéis la solución del dibujo incompleto publicado en el número anterior.



De estos cuatro niños, dos de ellos tienen sujeta una misma cuerda por sus extremos. ¿Quiénes de ellos son?



Como veréis, fué la niña la que encontró al perrito, siguiendo el camino señalado con puntos.

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



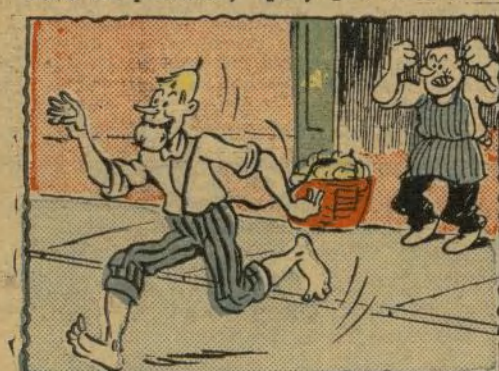
A Cascarilla le hubiera agradado más que nada una colocación en una confitería, o en una tienda de comestibles, o en aquella frutería que allí se le presentaba a mano. Y se decidió a entrar para ver si sacaba algo. Pero,



bles, o en aquella frutería que allí se le presentaba a mano. Y se decidió a entrar para ver si sacaba algo. Pero,



como tenía muy malísima pata en todo, vino a ponerla sobre una cáscara de plátano, que, providencial-

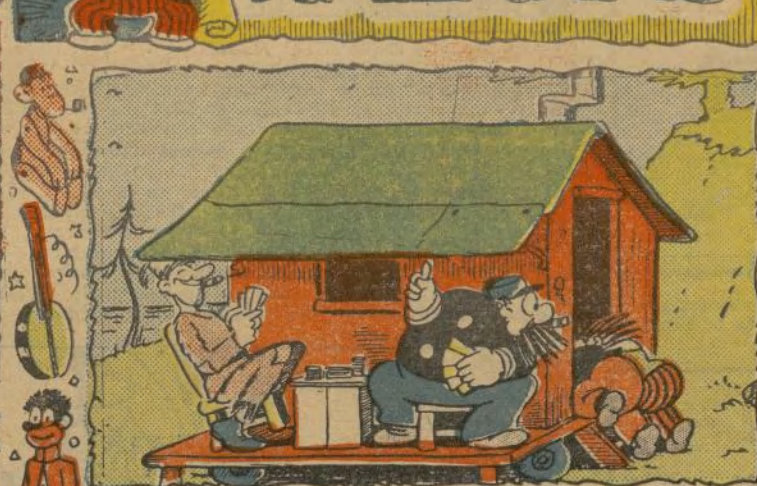


mente, había tirado alguien a la puerta, y se dió un morrón de aupa. Suerte que cayó de bruces en una cesta de manzanas, y algo fué sacando...

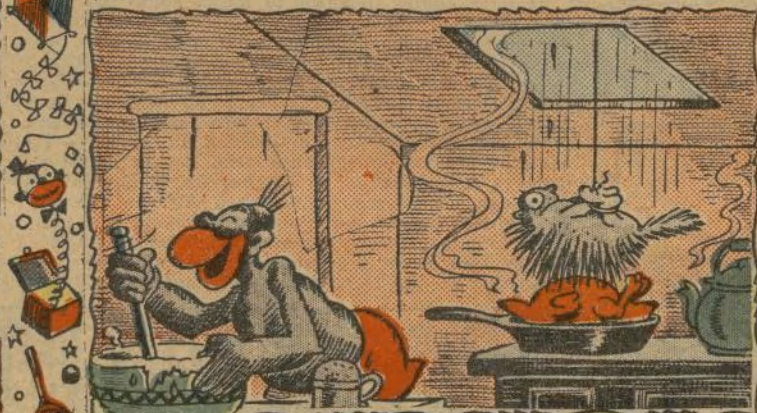


"La donna e móbile, cual piuma a vento; muda de asiento y yo también. Bueno, soy una mezopiano-cantando ópera".

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



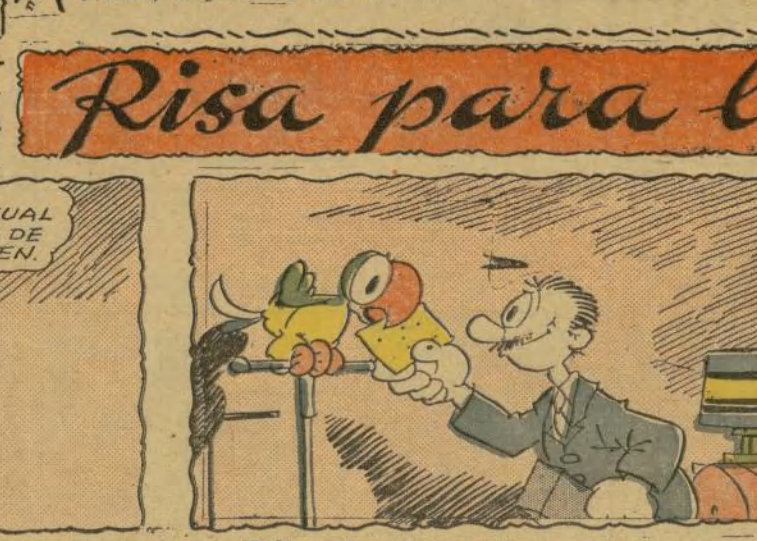
El tiempo fué limando asperezas, pero no borró en el corazón de Terre-Moto el odio hacia Tarugo y Perdigon, y aquella tarde los vió con regocijo cómo intentaban colarse de rondón en la casa de Pérez Oso.



Estos dejaron caer por el tragaluz a su prisionero, el puerco-espín, que fué a posarse sobre la cena, sin que se apercibiera Tizón, que cantaba: "¡Ay, mamá Inés, todos los negros nos hinchamos de café! ¡Ay, qué bien!"



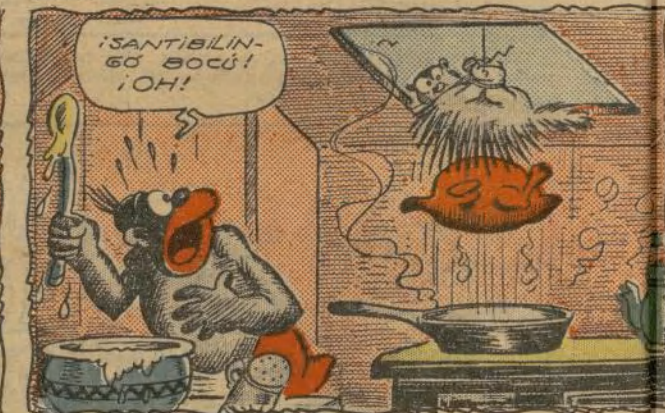
Pero igual que a los pilluelos las reconvenciones les entraban por un oído y les salían por las narices así ellos se colaron por un agujero y salieron por otro, dispuestos a tomar feroz venganza.



"Mira, rica, o te callas, y te premiaré con esta galletita, o te machacaré la cresta por las buenas, ¿sabes, preciosa?"



El capitán se lanzó en "plongeón" sobre los pilluelos y, en menos tiempo en que un soltero lee el padrón municipal, les dió una sopapina a los manitos que, si se descuida, los recogen con atractor.



Pero, de pronto, Tizón lanzó una exclamación en su lengua natal: "¡Santibilingó, marcabará, pum! ¡Mi madre, qué es esto!" Y aquello era de los pilluelos, valiéndose del puerco-espín, se llaban la cena.



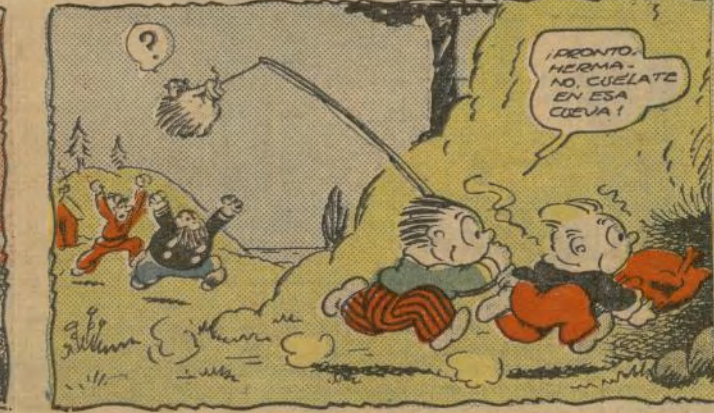
Pérez Oso, que tenía los ojos que eran dos automáticos, vió venir sobre el capitán la tragedia en forma de puerco-espín; quiso gritar, y no lo consiguió; el acerico humano cayó sobre el cu...tídel capitán.



"La he metido miedo; a fe de don Fto, que soy un hombre de carácter. Me por cantar bien, a fe de Laura".



El corazón de los pilluelos se inundó de ira, lo mismo que sus retaguardias se habían llenado de cardenales, y, pisando con ánimo decidido y con las alpargatas, dieron caza al puerco-espín de Barba-Cana.



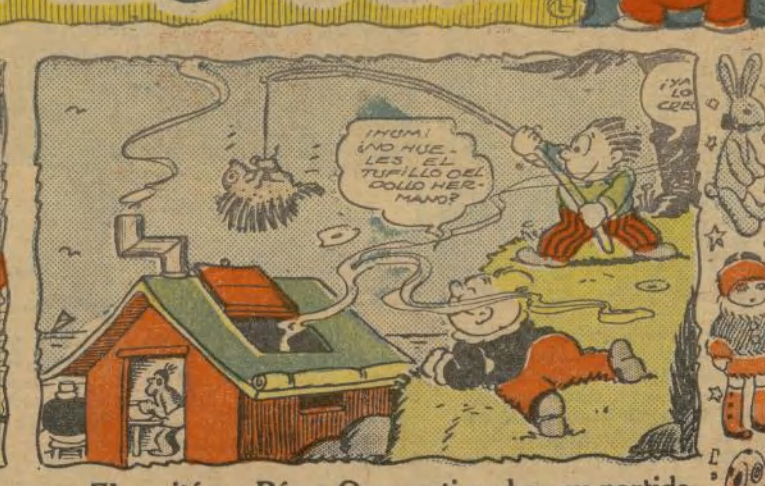
Tizón comenzó a dar unos gritos que si los da en una reunión de personas normales, deja veintinueve sordos, y los compinches pudieron ver a Tarugo y Perdigon, que, dándole velocidad a las tabas, huían con el pollo.



Los alaridos de Terre-Moto hicieron retemblar la isla. Pérez Oso, con paciencia y con unas tenazas, fué deshiliando aquellas terribles picaduras, y, mientras tanto, ordenó a Tizón que les vengara.



"Ajaja, jajá, jarajaja; voy a dormir mejor que un terrateniente. No hay cómo ser enérgico y oratorio.



El capitán y Pérez Oso continuaban su partida, y como el capitán, jugando al tute, era más inocente que un bando municipal, no observaba las trampas que le hacían, como no observaba tampoco a los pilluelos.



Los muchachos se colaron en una madriguera, pensando que despistarían a sus perseguidores; pero éstos parecían campeones de baile, quiero decir que no perdían la pista, y les vieron esconderse.



Los pilluelos, creyéndose ya libres de sus enemigos, se dedicaron a la dulce tarea de meterle mano al pollo, dándole su parte correspondiente a su cómplice, el puerco-espín. Pero Tizón vigilaba. ¿Qué ocurriría?



(Continuará)

REPOLLO CARA DE BOLLÓ



Aquel día estaba Repollo pero que de un humor con tratamiento de excelentísimo señor. Llevaba en el bol-



sillo un chisme que había comprado en la feria, e iba dispuesto a divertirse con quien se le pusiera delante.

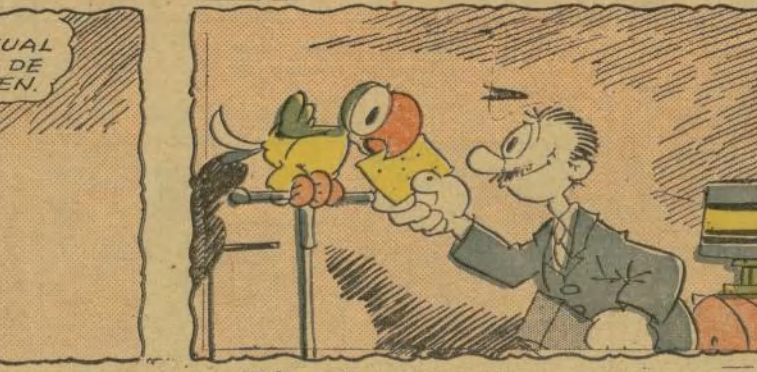


Allí estaba aquel infeliz leyendo el periódico debajo de aquella columna. ¡Menudo susto le iba a meter por las



narices! Y, efectivamente; tanto se asustó el señor, que cayó de espaldas, tiró la columna y la estatua rebotó sobre la cabeza de Repollo.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



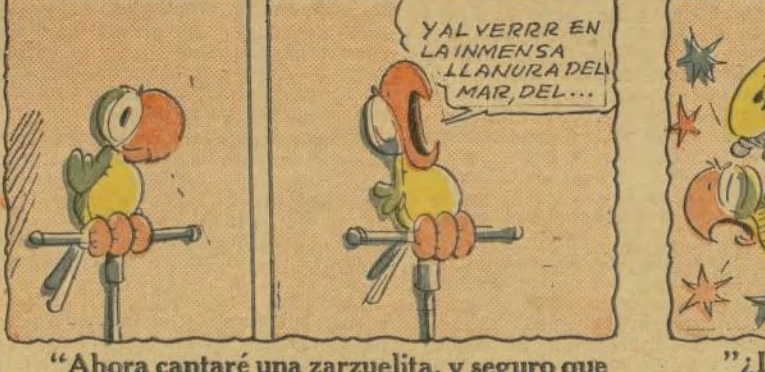
"Mira, rica, o te callas, y te premiaré con esta galletita, o te machacaré la cresta por las buenas, ¿sabes, preciosa?"



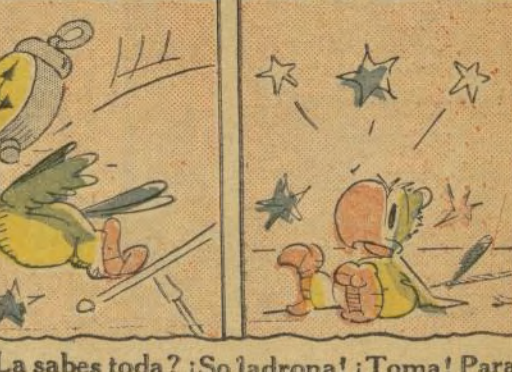
"La he metido miedo; a fe de don Fto, que soy un hombre de carácter. Me por cantar bien, a fe de Laura".



"Ajaja, jajá, jarajaja; voy a dormir mejor que un terrateniente. No hay cómo ser enérgico y oratorio.



"Ahora cantaré una zarzuelita, y seguro que me dan otra galletita. Y al ver, en la inmensa llanura del mar, las aves..."



"¿La sabes toda? ¡So ladrona! ¡Toma! Para que des la hora". "¡Qué tornadizos son los públicos! ¡Ayer, aplausos, y hoy...!"



Resumen de lo publicado.—Tomás, un muchacho empleado en la posada del "Bicho Blanco", averigua que Sir Roger Waverly quiere apoderarse de su hermano Sir Jorge para despojarlo de su fortuna. El muchacho, ayudado por Anita, la ahijada del posadero, oculta a Sir Jorge en un escondrijo secreto, del cual desaparece. Una noche divisa desde la ventana de su cuarto una luz en una quinta vecina abandonada.



La aparición de aquella luz misteriosa que había brillado a través de una de las ventanas de la casa abandonada inquietó a Tomás. Sin temor a nada, el muchacho se deslizó desde su buhardilla, decidido a descifrar el extraño misterio que allí se presentaba.



Descolgándose por la hiedra que trepaba por la fachada, llegó al suelo, y después de lanzar una furtiva mirada en derredor, se dirigió velozmente, a campo traviesa, hacia el sombrío edificio, que se erguía entre las sombras pavorosas de los árboles.



La luz seguía brillando a través de la ventana, y conforme Tomás se iba acercando a ella, su corazón aceleraba los latidos. De pronto, en el marco luminoso se destacó una silueta, y nuestro joven no pudo reprimir una exclamación: "¡Sir Roger!"



Aquel era, efectivamente, el tipo arrogante del aristócrata soberbio, que tantos misterios había traído a la posada del "Bicho Blanco". Y mientras Tomás estaba contemplándolo, apareció una segunda figura empujando en alto un grueso garrote.



Un grito de horror se escapó de sus labios, cuando vió el golpe que descargó sobre la cabeza de Sir Roger, y cómo éste vacilaba y se desplomaba sin sentido. Sin esperar más, el muchacho se volvió rápido y echó a correr hacia la hospedería, como un gamo.



Nada le importaba que su iracundo amo le propinase una zurra como primera providencia. Su única preocupación era pedir auxilio para Sir Roger, a pesar de lo mucho, sinceramente, que lo detestaba. Cuando llegó a la puerta, comenzó a dar fuertes golpes con el puño.



Transcurrieron algunos segundos, y pronto comenzaron a resonar voces destempladas, pasos, carreras y ruidos de cerrojos que se descorrían. La puerta se abrió por fin, y maese Lear se abalanzó sobre el pobre Tomás. Este contó lo que había visto. "El muchacho dice verdad. ¡Sir Roger no está en la posada!"



Así había hablado uno de los dos hombres del séquito de Sir Roger, que habían bajado con el posadero. "¡Pronto, maese Lear. Vayamos sin perder un momento!" El posadero, al fin, después de coger un trabuco, echó a correr hacia la casa abandonada, seguido de los otros dos hombres y de Tomás y Anita.



Mientras corrían, Tomás acabó de contarles lo que había visto. "Era Sir Roger; me apuesto cualquier cosa", aseguraba. Cuando llegaron a la casa, maese Lear comenzó a gritar: "¡La puerta está abierta! Vayamos con cuidado. ¡Atención! ¡El agresor debe ser terrible!"

(Continuará)

La carpa desobediente

CUENTO

CONCLUSIÓN

Por desgracia para el desobediente carpin, su madre no había notado su ausencia; pero las impresiones que traía de este viaje era deliciosas. ¿No tenía razón para que se creyera un héroe, después de haberse atrevido a recorrer



un mundo desconocido, sin haber sufrido ningún contratiempo?

A pesar de su petulancia, no se atrevió a alabarse del resultado de la excursión delante de su madre, porque sabía que no aprobaría su conducta.

No tardó en presentarse una tarde no menos bella que la del primer día, y habiendo tomado bien sus medidas, el desobediente carpin se dirigió a los parajes prohibidos por su madre.

No bien había llegado nuestro presumido pececillo a aquel sitio predestinado, cuando se presentó delante de su hocico una de las bolitas blancas apetitosas igual a la primera de la que su golosina había triunfado el día de su primera escapada; lejos de huir ahora, se pone a jugar con ella, examinándola en todos sentidos, y se siente atacado por un deseo irresistible de probar el tal juguete encantado, y sin saber cómo, la perfumada bolita se encuentra en su boca, y desde allí se escurre hasta su estómago.

En este momento el necio carpin se siente paralizado por un terror repentino: "¿Qué es lo que yo he hecho!—exclama—; ¡ya estoy perdido!" Pero, ¡oh, sorpresa agradable e inesperada! Su imprudente golosina no le había causado ningún daño. Aquella bolita de pan inofensiva, por una dichosa casualidad no ocultaba ningún instrumento mortífero.

"¡Razón tenía yo—pensaba luego que

se hubo repuesto del susto—que no era tan difícil distinguir las bolitas buenas de las malas!"

Envalentonado con esta buena fortuna, quiso regalarle por segunda vez, volviendo a probar un manjar tan sabroso, y justamente en ese momento, y como a pedir de boca, vino a presentarse delante de su hocico otra bolita de la misma especie que la primera. Abrió entonces sus mandíbulas para tragársela.

Pero, ¡qué horror! Una saeta de acero le atravesó la mandíbula, desgarrándole el gástrico e introduciéndose en sus carnes, y mientras que por la herida corre la sangre en abundancia, se siente arrastrado, sofocado, sin poder oponer la menor resistencia.

El malaventurado pececillo, hecho presa del anzuelo, hacía esfuerzos desesperados y se agitaba en vano para desprenderse de él.

"¡Pobre madre!—exclamaba—, ¿por qué no te habré yo escuchado? ¿Qué va a ser de ti cuando ya no me veas a tu lado?"

¡Ah! En el momento mismo en que el hijo desobediente tragaba el anzuelo, la buena carpa, apercibida de su ausencia, corría a buscarle hacia el sitio fatal, gulada por su instinto... y no le encontraba sino para verle ensangrentado y llevado a las regiones de la muerte sin poder salvarle.

El pobre carpin había cerrado ya los ojos y se hallaba expirando cuando le pareció que habían cesado de tirar de él. Admirado, abrió los ojos y miró a su alrededor... En efecto; por una dicha inesperada, el hilo de la caña de que se hallaba colgado, se había enredado entre unas cañas, y con el esfuerzo que había hecho el pescador para desenredarlo, la caña se había roto, dejando libre al carpin.

Ya no se trataba más que de desembarazarle de aquel lazo; y la madre carpa, que era muy experta, no tardó en cortar el hilo del anzuelo que retenía cautivo a su hijo, si bien no pudo lograr hacer desprender el anzuelo, por haber penetrado muy profundamente en las carnes.

Este acerado ganchito quedó fijo siempre allí. No por eso murió la joven carpa, sino al contrario, creció y vivió largos años; y aquel adorno poco elegante, que llevó durante toda su vida, servía para recordarle sin cesar, así como a sus hermanos, primero, y a sus hijos más tarde, que los padres, movidos únicamente por su amor paternal y desinteresado, tienen siempre justos motivos y poderosas razones para prohibir a sus hijos el que hagan ciertas cosas, por lo cual los hijos deben estar persuadidos de esta verdad y obedecer ciegamente sus mandatos.



Está realmente hablando este gachó que nuestro amiguito Manuel Lozano Pinto, de 13 años y de Madrid, ha copiado, sin duda del natural, en alguno de los mítines a que ha debido de asistir recientemente. ¡Tienes mucha soltura, Manolito!



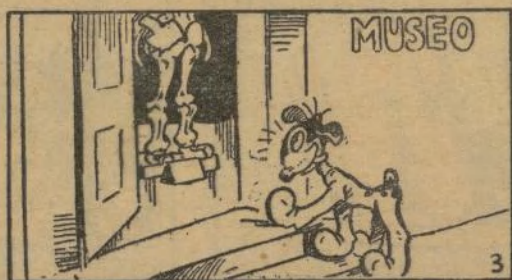
—Señora Teresa, ¿cómo gasta gafas su niño, siendo tan pequeño?

—Eran de su pobre padre, y se las pongo porque es una lástima que no las aproveche nadie.

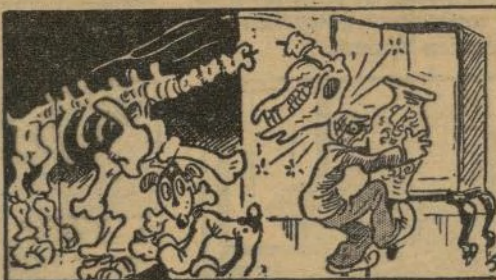
Una joven de Stoke-on-Trent ha escapado milagrosamente de una tormenta, pues un rayo la destrozó los aros y la rompió los cristales de los lentes que llevaba puestos y, sin embargo, no le hizo el menor daño.



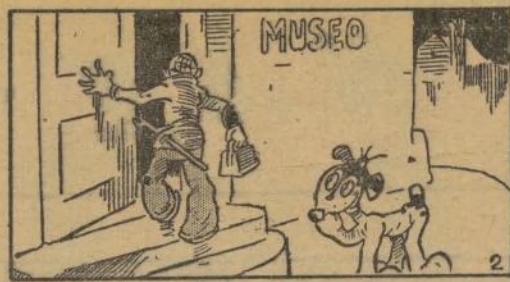
Palanqueta quería robar en el Museo un precioso jarrón de la Cochinchina, y mientras es-



to el Palanqueta dió el palanquetazo, el chuchito se coló detrás de él. El Palanqueta se tiró decidido al jarrón; pero el "Melampio", que



cia. Y el caso fué que el mastodonte aquel se desarmó; la cabezota fué a caer sobre la del Palanqueta, que cayó fulminado en tierra; y



taba en sus preparativos, el perrito "Melampio" comenzó a escamarse. Tanto que en cuan-



vió cerca un magnífico esqueleto antediluviano, hizo presa en uno de aquellos hermosos huesos pensando hallarlo todavía lleno de sustan-



entre tanto vinieron los guardias y directores, que atraparon al caco y propusieron a "Melampio" para un hueso de honor.



Si señor. Mucha gracia y expresión tiene este retrato que a Teresa ha hecho el distinguido jerominista Manolito Huerta, a sus diez añitos, y en Zaragoza.

Nada menos que cuarenta y ocho clases distintas de moscas caseras han sido clasificadas por los naturalistas.

La sopa de avispas fritas es uno de los platos favoritos de los chinos.



—¿A qué género pertenece bastón?

—Al masculino.

—¿Y paraguas?

—Al femenino.

—¿Hombre! ¿Y por qué?

—Porque... es un bastón con falda.

—Señor López, ¿no me reconoce? ¡No es usted fisonomista!

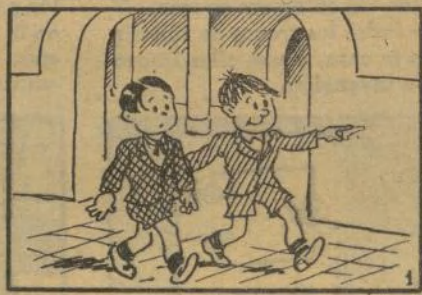
—Fisonomista, sí... Lo que no soy es López...

Poncito, chico elegante y "El Grifo" sucio y fumante



EN EL EPISODIO ANTERIOR, PONCITO Y "EL GRIFO" LOGRARON BURLAR A DOS CHINOS QUE PRETENDIERON DARLES OPIO PARA ROBARLES LOS TRAJES DE BENITEZ DE ATOCHA Nº 3 MADRID.

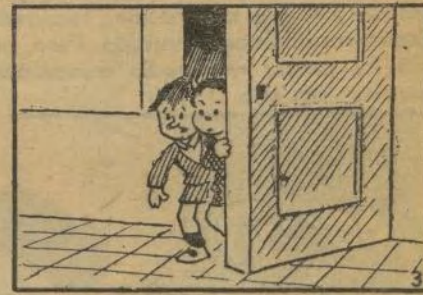
SIGUE LA HISTORIA →



Satisfechos por haber rescatado los trajes de Benítez, Poncito y "El Grifo" se disponen a seguir sus aventuras.



Buscando la salida de la casa dan con un pasillo estrecho y oscuro, cosa que no les hace mucha gracia.



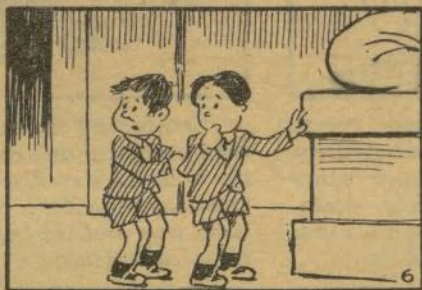
Y cuando ya empezaban a sentir su poquito de miedo, encontraron una puerta y por ella "se colaron".



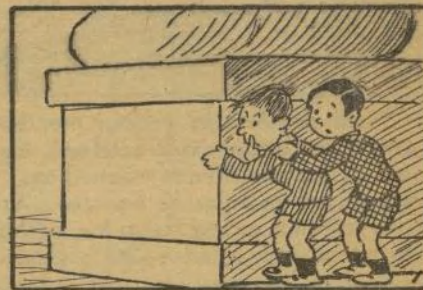
¿Qué era aquella habitación tan grandota y tan llena de cosas extrañas? Poncito y "El Grifo" no sabían que era un templo.



Y tampoco sabían que aquella figura "grandota y feota" era un ídolo al que adoraban los amarillos con fe, si no ciega, por lo menos míope.



Cuando más entusiasmados estaban contemplando la enorme fealdad del ídolo, sintieron un rumor como de voces y pisadas.



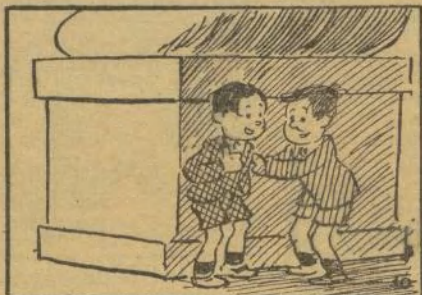
Y guiados por la prudencia de Poncito, decidieron esconderse detrás de "la tarasca", como decía "El Grifo", y observar.



Lo primero que observaron fué la entrada de un amarillo, vestido de mascarón y seguido de numerosos y coletudos chinos.



Poncito y "El Grifo" se dan cuenta de que "el mascarón" es un farsante y acuerdan descubrirle con una jugarreta muy propia de ellos.



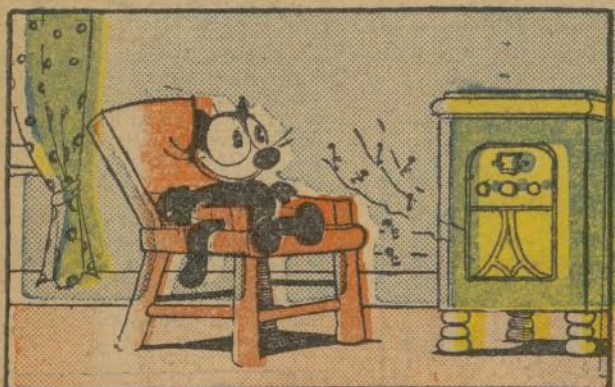
Mientras "el mascarón" fingía orar y engañaba a los chinitos, Poncito y "El Grifo" pensaron lo que habían de hacer.



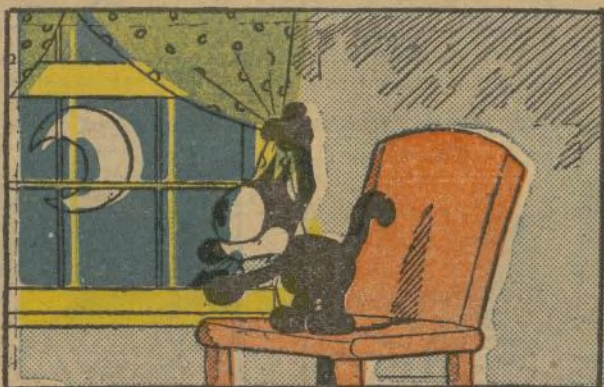
Y uniendo y forzando sus voces, gritaron: "Vestíos en Benítez, Atocha, 3, Madrid." ¿Saldrán bien de esta aventura los chicos?



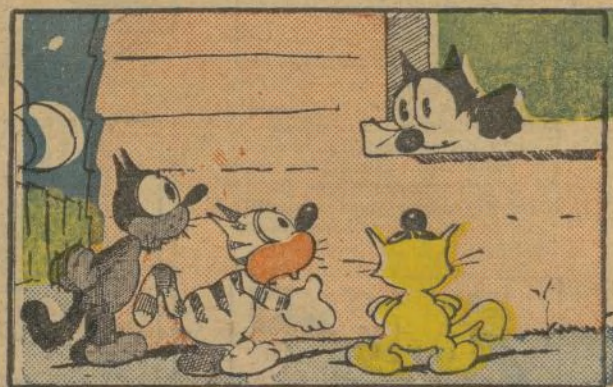
ANDANAS DE GATO FELIX



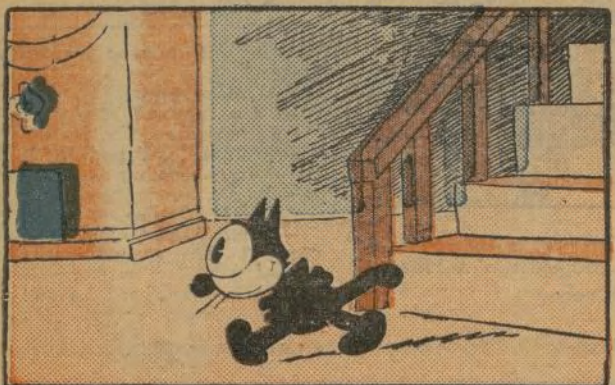
Félix se había convertido en un gato aristocrático. Vivía en palacio, comía a cuerpo de rey, no tenía que trabajar, y hasta poseía para su uso particular una soberbia "radio" para toda clase de ondas, que le permitía seleccionar en cada momento los mejores conciertos que se daban en el mundo.



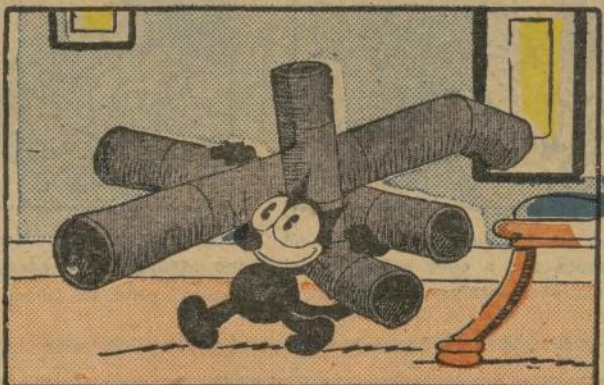
Hallábase una noche recreándose con la audición de una tiple, que cantaba como una perfecta gata (éste era el mejor elogio que podía hacer Félix de ella), cuando sintió que en el cristal de la ventana de su aposento sonaban unos misteriosos golpecitos dados desde fuera, como si alguien llamase.



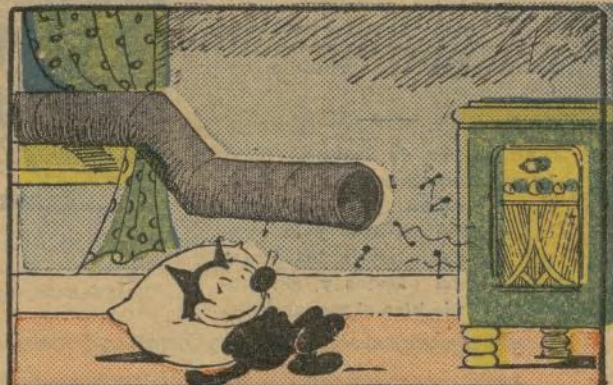
Asomóse Félix y vió reunidos bajo su ventana unos cuantos congéneres del barrio, pobretones y muertos de hambre, que habían oído, aunque débilmente, aquella preciosa música gatuna, y tenían la pretensión de colarse en la casa para oírla mejor. "¡Anda, Félix; déjanos entrar!"



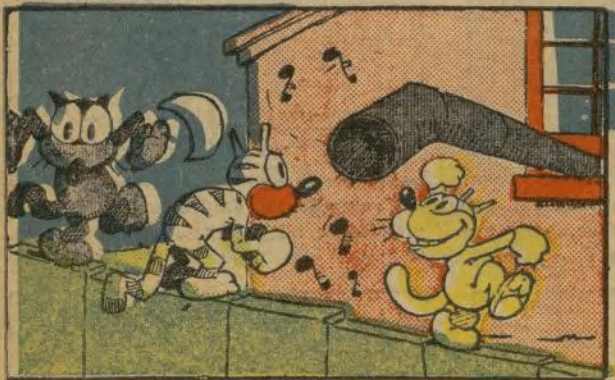
Como tenía un corazonazo como una locomotora, Félix se quedó perplejo y meditabundo. Por una parte, siguiendo sus buenos impulsos, hubiera querido acceder a lo que se le pedía, facilitando a aquellos simpáticos mininos la entrada. Pero, por otra, no debía de pensar que podía comprometer su propio bienestar con ello.



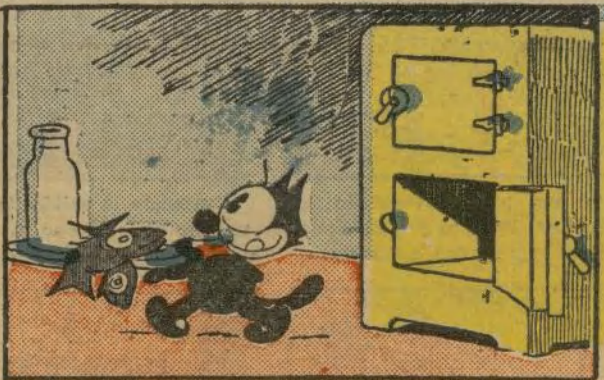
Mas, como tenía un talentazo mayor aún que su corazón, bien pronto ideó un medio para complacer a sus colegas, sin peligro para sus intereses propios. Y fué que comenzó a recoger todos los trozos de tubería de todas las chimeneas de la casa, y con ellas improvisó un tubo acústico de su invención.



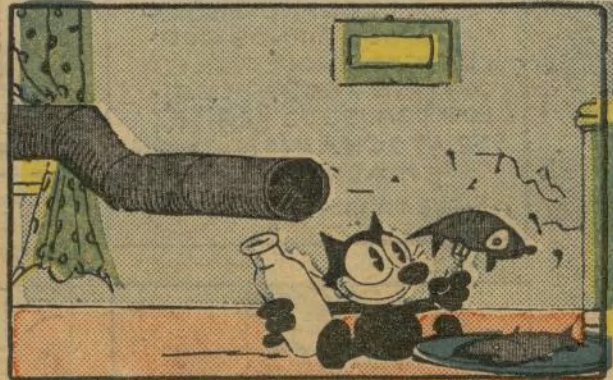
que, partiendo de la habitación, junto al aparato de "radio", salía por la ventana hasta la calle, donde los gatos del barrio se hallaban congregados. A Félix no le podían faltar sus conocimientos físicos, y así fué que, mientras él se hallaba bien repantingado sobre un muelle cojín, oyendo el concierto,



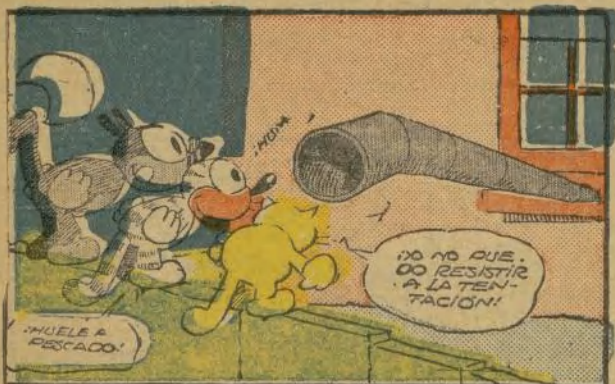
los gatos demócratas podían percibir desde fuera, a través del improvisado teléfono, los arrebatadores sonos de aquella música maravillosa, a cuyo ritmo organizaron un animado bailoteo. Aun hay clases, hasta entre los gatos; pero los adelantos modernos van extendiendo a todas ellas la alegría del vivir.



Satisfecho Félix del resultado de su inventiva, decidió otorgarse una recompensa, y como tenía siempre abiertas a su disposición todas las despensas y armarios frigoríficos de la casa, se llegó al más cercano y se preparó bonitamente un "lunch" para estómagos delicados, a base de pescados y leche.



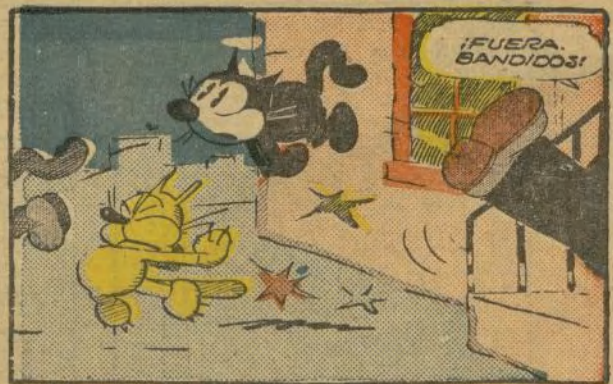
La música le había ayudado siempre a hacer buenas digestiones, y se la había recetado el veterinario como sustitutivo del bicarbonato. Es más barata y se elimina mejor. Y aquella musiquita de aquel día podía competir con los bicarbonatos de las mejores marcas inglesas. Y decidió hincharse.



Pero sucedió que, cuando más entusiasmados estaban los gatos del barrio en su bailoteo, comenzaron a notar inconfundiblemente que por la chimenea aquella, juntamente con las notas armoniosas, comenzaba a salir un tufillo vivificante a pescado crudo, que quitaba la cabeza. El baile paró en seco.



Y los mininos, uno tras otro, en atrevidos "plonges", se colaron por la chimenea, y, limpiamente, sin tocar en las paredes, salieron por la extremidad opuesta y cayeron sobre la merienda de Félix; pero en tan mala coyuntura, que en aquel preciso momento acababa de entrar en la habitación el propio don Abundancio.



El cual, harto ya de tanto minino y de tanta marullería, perdió los estribos y comenzó a repartir puntapiés a diestro y siniestro, haciendo gol con todos los gatos en la ventana. ¡Pobre Félix! ¡Como se lo había temido, por dar rienda suelta a sus buenos impulsos, había perdido la casa donde se daba una vida principesca! (Continuará)